

# Mirador

## Un día que pasó por el puente

CLAUDIA CANALES

22  
Este País cultura

El 25 de septiembre de 1911 los hombres del sinaloense Mauro Valenzuela hicieron un alto en las afueras de Culiacán para exhibir ante la cámara sus dotes y pertrechos guerreros; despliegue de rifles y carabinas, cananas y pistolas, sobre el lecho seco del río Tamazula dominado por el puente Cañedo: troneras y contrafuertes con aires de fortaleza militar. Eran meses de jubilosos y conflictivo ajeteo para los partidarios de Francisco I. Madero, quien apenas en mayo había puesto fin al régimen porfirista mediante el célebre triunfo militar de Ciudad Juárez sobre el ejército federal. Justamente en aquellos días de primavera, entre el empuje que había adquirido en Sinaloa la causa antirreeleccionista y las noticias de la victoria revolucionaria en la frontera, Mauro Valenzuela había rubricado un breve párrafo de la historia local al atacar el Palacio de Gobierno de Culiacán desde un taller de herrería y carrocería. En cuestión de días la acometida se tradujo en la caída del gobernador porfirista Diego Redo y en la toma definitiva de la ciudad por parte de los principales jefes rebeldes de la zona, entre ellos el célebre Juan Banderas, Ramón Iturbe, José María Cabanillas, Mateo de la Rocha y Agustín Beltrán.

Con ese capital de gloria, la guerrilla que acaudillaba Mauro desde 1910 en unos cuantos meses había logrado reunir, a juzgar por la imagen, acaso un centenar de combatientes; varones de a caballo y de a pie que posan a la vera y en lo alto del puente como en una locación cinematográfica, atentos a la inminente orden de “¡acción!” por parte del director del filme. Pero no, no se trata de un fragmento de película ni de un *still*, sino de una fotografía; de un retrato de grupo, podríamos afirmar incluso, al advertir la nitidez de ciertas fisonomías, los pliegues en las prendas de manta o de paño, y cierta variedad en los sombreros que portan los hombres de Valenzuela, salvo él mismo quizá, colocado en primera fila justo al centro del grupo, la cabeza descubierta, el pie y la rodilla y el extremo de su arma encajados en la tierra. (La

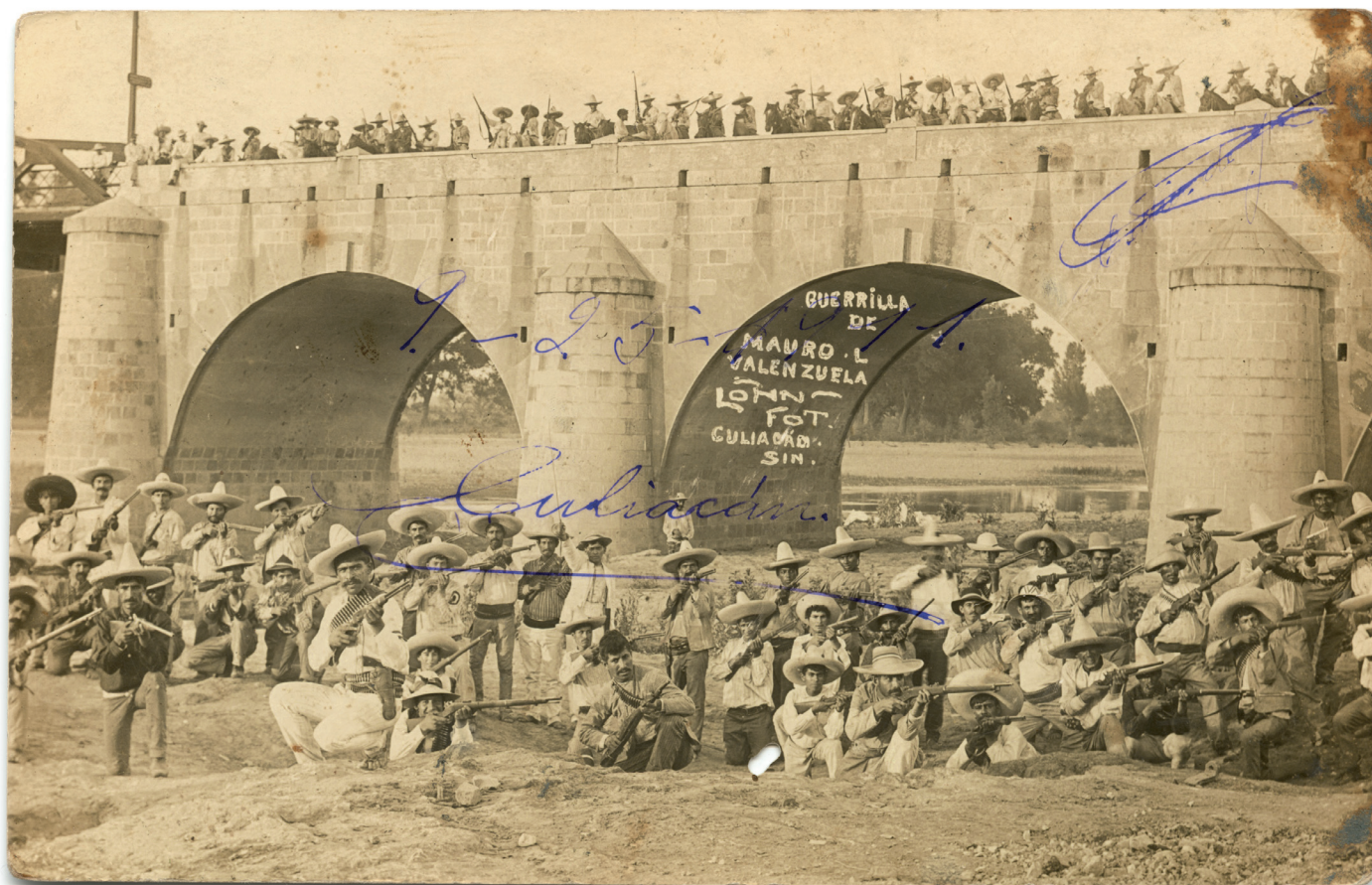
suya, curiosamente, es la única carabina que se posa en el suelo, como si su condición de cabecilla y la sonoridad de su nombre le permitieran gozar de ese mínimo pero simbólico privilegio.)

Aquel 25 de septiembre de 1911, fecha en que se tomó la fotografía, faltaban sólo dos días para que el gobernador interino Juan Banderas entregara el Ejecutivo local al mandatario recién electo, José Rentería. En el curso de cuatro meses habían ocupado la gubernatura de la entidad cuatro personajes, y estaba por asumirla el quinto, lo que da idea de la inestabilidad de los tiempos que corrían, pero también del errático liderazgo del propio Madero, quien había perdonado la vida al muy impopular Diego Redo y conferido el mando estatal, con carácter provisional, a Manuel Bonilla, antirreeleccionista de última hora.

En el bucólico escenario cuyo fondo deja entrever apacibles macizos de árboles y un pequeño rastro de agua espejeante, allí, en posición de “apunten”, los guerrilleros de Mauro Valenzuela parodiaban sin proponérselo el mismo gesto y la misma actitud del hombre ante cuya cámara simulaban la inminencia de algún ataque: el fotógrafo Lonn, de quien nada sabemos más allá de su probable nacionalidad estadounidense y de su paso ocasional o residencia temporal en Culiacán, nombre que asentó minuciosamente, al lado del suyo propio y del de la guerrilla, en la placa del negativo: documento de un día, monumento a un instante, prueba de que él y ellos estuvieron una vez allí.

Nada sabemos tampoco del fin de Valenzuela, de sus muertes y resurrecciones en las trifulcas de la bola, de sus traiciones o lealtades. Del puente, en cambio, de ese hermoso puente construido en 1904, sí podemos asegurar que aún existe, que hoy ha sido devorado por la mancha urbana de Culiacán y que, al igual que tantas otras cosas de nuestra historia, ha perdido su nombre original, Cañedo, por el de Hidalgo (suponemos que Miguel).

De las obras materiales de los hombres queda a veces más huella que de los propios hombres. ~



Lonn Fot, "Guerrilla de Mauro Valenzuela",  
Culiacán, Sinaloa, 1911.  
Colección Miguel Ángel Berumen,  
plata sobre gelatina,  
24 x 16 cm.